

tan grande, que tuve que beber un ajenjo para estimular el apetito. A las ocho de la noche hubo otra reunión para comentar las noticias del día. Llegué á la asamblea con una jaqueca atroz, no veía ni oía nada...

—¿Por qué no se acostó?

—Eso no es para tiempos de huelga. Un buen huelguista no debe tener jaqueca; aunque esté moribundo tiene que trabajar, pues las grandes causas no se ganan sin grandes sacrificios. En ese estado hube de escuchar otros nueve discursos y pronunciar el décimo. Después cantamos *La Internacional*...

—¿Usted también?

—¡Qué hacer! Al que no canta se le considera traidor á la causa, aunque tenga jaqueca. Y en seguida me puse á escribir las actas de las asambleas del día, varias notas y muchas circulares, hasta las dos de la mañana, sin probar un bocado ni beber más que dos ajenjos.

—Vaya usted á descansar; buena falta le hace.

—Sí, sí; por suerte pronto perderemos la huelga. Espero con impaciencia el momento en que volvamos á la fábrica para poder ¡al fin! descansar un poco.

Un día de elecciones en París

París, 1906.

Acaso tengan razón los anarquistas al afirmar que la política es una cosa detestable; pero se equivocan, sin duda, al negar que un día de elecciones conviene para divertirse, toda vez que no se incurre en la flaqueza de ser candidato.

La democracia tiene ventajas, aunque no lo afirme ningún hombre de talento. Para nuestro gusto, las mayores son de carácter risueño: un domingo electoral es tan ameno como los tres días de Carnaval juntos. En París todo ciudadano es elector y elegible. Desde que se inventaron los «Derechos del hombre», muchos zampatortas se toman en serio; cualquier analfabeto se cree apto para ser diputado y afirma tener alguna idea capaz de hacer la felicidad de sus semejantes.

Un programa se escribe en pocas horas. Es preferible que esté cuajado de vulgaridades y escrito en pésimo estilo. Un programa que no diga nada es el más perfecto, pues no lastima las ideas que cree tener cada elector. De cada cien, noventa y cinco mienten lo mismo: la grandeza del país, los sagrados principios republicanos, los derechos del hombre, los intereses del pueblo trabajador, la

moralidad política y administrativa. Todo ello es de una desvergüenza patibularia ó de una tontería enternecedora; simula decir mucho y no significa absolutamente nada. El miedo á las ideas concretas se disfraza con el antifaz de esas vaguedades verbales.

Mediante una docena de frases vagas, todo francés que cuente con el apoyo del gobierno puede llegar á ser diputado; aquí, como en todas partes, el gobierno gana cuantas elecciones quiere. Jaurés, por ejemplo, fué derrotado; pero la comisión revisora del escrutinio anuló unos cuantos votos al candidato contrario, sin alegar razones decentes, ni siquiera indecentes, proclamando electo al candidato gubernamental. El mundo es así. Cuando los regeneradores llegan al poder tienen que obrar como todos los gobiernos: *to be or not to be*.

Se comprende que un hombre tenga el capricho de ser diputado alguna vez; ¡hay tantos caprichos en la vida! Pero es inexplicable el empeño de algunos ciudadanos por eternizarse en el Congreso, como si la diputación fuera una ganga ó una carrera profesional. Henry Maret—cuyos cinco mil electores fueron derrotados por los cuarenta millones desplegados en guerrilla por su adversario Rothschild—ha comentado su derrota diciendo que sólo fué candidato con el propósito de divertirse.

La carrera es absurda. Un teniente merece felicitaciones al ser nombrado capitán, lo mismo que un escribiente ascendido á auxiliar de secretaría; toda carrera tiene un ascenso y ascender es un motivo de regocijo. La profesión de diputado no respeta esa regla. En las demás se deja el puesto para ocupar otro mejor; en ésta se lo pierde cada cuatro años, y el pobre diputado tiene que recomenzar su viacrucis de enredos, promesas y dis-

ursos para... no ser más que antes si triunfa ó deesaparecer de la escena en caso contrario.

Sus amigos lo felicitan cuando es reelecto. ¡Magnífico! Es lo mismo que si cada cuatro años felicitaran á un vigilante porque sigue siéndolo, si haber llegado á sargento, ni siquiera á cabo segundo. En ninguna otra profesión se considera como un éxito el permanecer estacionario; lo singular de la carrera electoral es que un ciudadano brega y se sacrifica veinte años ó medio siglo para no dejar de ser lo que es. Los diputados antiguos son los más tenaces y empedernidos.

* *

El ironista que asoma las narices en el atolladero electoral descubre, con sorpresa, que algunos hombres ilustres son víctimas del voto de la canalla mercenaria. Tan extraordinario acontecimiento se explica por la necesidad que sienten los mediocres de parapetarse tras el blasón intelectual de algunos selectos: un partido serio necesita adornar su lista con ciertos nombres respetados. Dos ó tres eminencias son escudo eficaz para una recua de pordioseros morales: equivalen á la flor que luce en el ojal de un compadrito suburbano. Cuando es elegido un hombre de talento, meritorio ó virtuoso, no debe sospecharse que es en homenaje á sus cualidades; los contratistas de elecciones ignoran la dicha de admirar á los hombres superiores. Comercian simplemente sobre el prestigio del pabellón para dar paso á su mercancía de contrabando; son bandoleros que descuentan en el banco del éxito merced á la firma prestigiosa y honesta. Cada grupo de inútiles se forma un estado mayor que disculpe sus pretensiones de gobernar al país,

desahogando su vanidad ó su piratería bajo pretexto de sostener ideales é intereses de partido. Por cada Clemenceau hay más de cien insignificantes.

Aparte esas excepciones, que las hay en Francia como en todas partes, la masa de los «elegidos del pueblo» suele ser subalterna y profesional. Esta mayoría mediocre puede clasificarse en tres grupos: vanidosos, deshonestos y serviles.

Los vanidosos derrochan su fortuna por conseguir una butaca en el Parlamento. Ya es un rico terrateniente ó un poderoso industrial que paga á peso de oro los votos coleccionados por un mercachifle electoral, cuya eficacia guarda proporción con su inconducta; ya es un advenedizo que gasta la fortuna de su mujer en comprarse el diploma de congresal, único accesible á su mentalidad amorfa; ya es el asno enriquecido que aspira á ser dirigente de la política sin más capital que su constancia y sus millones. Estos vanidosos necesitan ser alguien, y lo consiguen negociando el doctorado en política. De otro modo serían simples «hombres que no existen».

Los deshonestos son legión; toman por asalto el Parlamento, á fin de entregarse á toda clase de especulaciones lucrativas. Venden su voto á empresas que muerden el presupuesto; apoyan proyectos de grandes negocios con el Estado, cobrando sus discursos á tanto por minuto; pagan con empleos y dádivas oficiales á sus electores; comercian al menudeo su posición parlamentaria para obtener pequeñas concesiones en favor de su clientela. Su gestión política debe ser tranquila: un hombre de negocios está siempre con la mayoría y apoya á todos gobiernos.

Los serviles merodean por los Congresos en vir-

tud de la flexibilidad de sus espinazos. Lacayos de un grande hombre, no osan discutir su jefatura; él amo no les pide talento, elocuencia ó probidad, pues le basta con la certeza de su panurgismo. Viven de luz ajena, satélites sin calor y sin pensamiento, uncidos al carro de su caudillo, dispuestos siempre á batir palmas cuando él habla y á ponerse de pie llegada la hora de una votación.

Fuera de esas tres categorías, sólo se observan casos aislados de talento y de carácter, soñadores de algún apostolado ó representantes de fanatismos colectivos. Es de inocentes creer que el verdadero mérito abre las puertas del Parlamento. Un médico francés nos refirió que había resuelto dedicarse á la política.

—¿Estudia mucho?—le preguntamos.

—¿Qué?

—Le supongo consagrado á la Economía Política, á la Sociología, al Derecho Constitucional, á las Finanzas, á la Historia, al Derecho Internacional...

—No, doctor, nada de eso...—repuso sonriendo.

—¿Entonces?...

—Visito diariamente al jefe de mi partido y ya me ha invitado tres veces á almorzar... Pronto seré diputado.

* * *

El 20 de Mayo presenciamos en París el segundo acto del sainete electoral.

Resistimos fácilmente á la tentación de comentar en serio asuntos que no lo son: muertos que votan, vivos que venden sus libretas, candidatos que gastan dinero, escrutadores que escamotean votos, ingenuos que se entusiasman y bribones que mienten con elocuencia. Es inútil describir esas

minucias, pues en Buenos Aires suelen verse elecciones tan adelantadas como en París.

Pero hay, en las de aquí, un factor que allí no se conoce: los programas de los candidatos y los carteles electorales. Comenzaremos por los títulos de éstos, que oscilan entre el más pavoroso terrorismo y la comicidad más grotesca.

En el barrio de los estudiantes disputan el diploma el conservador Auffray y el socialista Viviani. Los carteles reaccionarios se titulan: «La libertad en peligro», «La desvergüenza masónica», «Respuesta á una respuesta», «La sangre de Dantón», «Bebida por cucharadas», etc.; los socialistas retrucaron como sigue: «Una infamia», «Respuesta á los sicarios», «Basta de respuestas», «Temblad», «El juicio final», etc.

En el Hotel de Ville, entre el nacionalista Galli y el célebre juez Magnaud, radical-socialista: «Gracias, hombres decentes», «Respuesta á una maniobra desleal», «La tiranía radical socialista», «¡La libertad protesta!», «Candidatos pedigüños», «El juez de los masones anarquistas», «A la horca las sotanas», etc.

Entre Armand Charpentier y Tournade los títulos fueron más metafóricos, gracias á la fantasía literaria del primero: «Nada de confusión, nada de confesión», «La carabina de Ambrosio y el monóculo de Chamberlain», «La paja y la pólvora», «La linterna y la vejiga», «El siniestro fantasma», «La torre de Babel», etc.

Lo mismo ocurrió en todos los distritos. Leyendo esos títulos será fácil suponer lo que diría el texto de los carteles electorales. Calumnias, titeos, infamias, lodo, indignidad, bajeza, mentira: los candidatos se someten á todo por conseguir de los electores la limosna del voto.

Esta es la lección de política que se recibe en un día de elecciones, un siglo después de la gran Revolución.

Los carteles electorales sirven para todo y tienen ya su historia. Las anécdotas que referimos á continuación circularon por más de cien diarios y revistas de París, regodeando á los lectores anti-parlamentarios. Uno de los mayores beneficios del sufragio universal en Francia fué dar á conocer la candidatura Marcerou, la eterna candidatura que se presentaba en todos los distritos. El candidato no perseguía honores oficiales ni pretendía arreglar el mundo; su propósito era mucho más práctico: llamar la atención de los electores sobre una nueva marca de betún para lustrar calzado. El candidato no agregaba á su nombre ninguna indicación política; no era un Marcerou republicano, ni un Marcerou bonapartista. Se contentaba con indicar su carácter de «fabricante de betún» y su profesión hacía las veces de profesión de fe: el betún era su programa.

Marcerou fué un candidato travieso; ha habido centenares de candidatos ingenuos cuyos programas se han hecho célebres.

En 1848 hubo un Charlemagne Bejot que preconizaba en el suyo una ley obligando á los hombres á casarse antes de los veintidós años. En 1849 fué célebre el candidato Coison; garantizaba á sus electores que, llegando al Congreso, revelaría al mundo las causas y los remedios de las enfermedades de la papa y de la viña. Un médico, Grégoire, ofreció renunciar su sueldo en favor de las víctimas de los accidentes de vehículos. Pierre Manchón prometió curar todos los males sociales mediante «la aplicación de la tesis, la síntesis y la antítesis». Un autor dramático, Fougas, se comprometió á

distribuir al pueblo los millones que producirían sus obras... cuando se representaran. El más temible de todos los candidatos fué Preban, el cual empuñó su palabra de honor de que en caso de ser electo, «ocuparía la tribuna desde la mañana hasta la noche». ¡Cosa rara! Los electores tuvieron el tino de no elegirlo.)

Sin embargo, todos los candidatos excéntricos, burlones, desequilibrados ó imbéciles, obtienen algunos votos. El célebre candidato Captain Cap, que algunos consideran una simple fantasía literaria del ingenioso Alfonso Allais, existió realmente. Su verdadero nombre fué Caprón y presentó su candidatura á los electores de Montmartre con un programa netamente «antiburocrático». Muchas personalidades literarias del Chat Noir y del Auberge du Clou lo apoyaron con alegre entusiasmo, consiguiendo reunir una compacta minoría de ciento veinte votos. Sea como fuere, el hecho real fué que ciento veinte ciudadanos usaron, como de un juguete, de esta libreta electoral, que desde hace un siglo se proclama sagrada y sublime.

Quince votos obtuvo, en Loire, un adversario del mismísimo Waldeck Rousseau; entre otras cosas prometía, por cuenta del Estado, «instalar en todas las casas máquinas para rechazar á los acreedores». Ese candidato era un verdadero apóstol y jamás se dudó de su buena fe.

No nos ha parecido tan ingenuo el candidato Jules Laurent, cuyos carteles hemos leído en el distrito de Battignolles; se presentó como candidato «republicano, radical, socialista, revolucionario, anarquista, nacionalista, vividor, quesista y sobre todo fumista». Su programa, difundido profusamente en el barrio, consta de los siguientes artículos: 1.º Separación de Battignolles y del Estado.

2.º Se dará de oficio la Legión de Honor á todos los ciudadanos. 3.º Las palmas académicas serán declaradas de utilidad pública. 4.º Reglamentación severa de la conducta de las suegras. 5.º Teresa Humbert será nombrada tesorera general de la nación. 6.º Creación de una escuela nacional de robo. 7.º Transporte de la torre Eiffel á la plaza de Battignolles. 8.º El gas y la electricidad serán sustituidos por la luz astral. 9.º Las calles del barrio serán regadas con agua colonia. 10. Supresión de todo lo que estorba: conserjes, peluqueros, diputados, cobradores, etc. Este candidato obtuvo una docena de votos.

Julio Guesde, candidato socialista, el día precedente al del segundo escrutinio se dejó decir en una entrevista que la jornada de trabajo podría reducirse ¡á 45 minutos!... Claro está que lo eligieron. Mauricio Barrés, el ilustre académico, antes candidato revolucionario, se presentó esta vez como conservador, firmando carteles que dicen: «Salvemos á la Francia de los peligros espantosos que la amenazan, decapitemos la hidra masónica y demagógica, arrasemos el nido de la blasfemia y de la anarquía.» Y claro está que también lo eligieron.

En el barrio de las Grandes Carrières, el ciudadano Constantino Dalechamp, dueño de un despacho de bebidas—y eminente bebedor él mismo—, se presentó como «candidato de los descontentos» contra todos los partidos; obtuvo catorce votos sobre ocho mil votantes. ¿Ese resultado prueba que la cuestión social no es tan grave como la pintan?

El candidato Pépain, sabiendo que el sueño de todo buen francés es ser funcionario, estudió un medio práctico de realizarlo. «Cada año se hará un cuadro, teniendo en cuenta la densidad de la po-

blación, las escalas de mortalidad y el número de empleos públicos, de manera que todo francés, hombre ó mujer, sea llamado á ocupar, durante el mismo espacio de tiempo, todos los cargos públicos. El ciudadano que goce normalmente de sus derechos políticos, antes de morir habrá sido, aunque sea por un minuto, presidente de la República y gran oficial de la Legión de Honor.» Su cartel es muy simple: *Pépain (de l'Orne)—Candidat fontionnariste—¡Tout le mond fontionnaire!*

Más expeditivo es el cartel de un médico de Montparnasse: *Doctor Mortillet—Candidat unique.* Tuvo un solo voto, el propio. ¡Si habrá muerto enfermos!

El diario de Drumont publicó la siguiente mentira: «El negro Legítimus, electo diputado socialista por los negros que infectan la isla de la Martinica, propondrá que en homenaje á la igualdad socialista todos los negros sean declarados blancos; es su programa.» Drumont se divierte.

Hasta aquí las anécdotas espigadas en la prensa.

* *

El criterio para elegir candidato es sumamente variable. Nos contaba el literato Max Fischer que en un pueblo de campaña ocurrió el siguiente caso: Gracias al aumento de población se creó un nuevo empleo de diputado; el señor Juan Buenhombre, amado por los vecinos gracias á su talento y virtudes, supo que el foragido Tristán Rompealmas osaba presentar su candidatura. «¿Cómo es posible—se dijo—que la población elija á este ejemplar de presidio?» Viendo que nadie se presentaba contra él, Buenhombre mandó imprimir tres mil carteles y lanzó su candidatura, seguro de la victoria.

El periódico de la localidad anotó semanalmente las peripecias de la campaña electoral: «Total de votantes, 10.000. Votos asegurados para Buenhombre, 5.000. Para Rompealmas, 0.» Este último tenía ya muchos enemigos, y era de presumir que su candidatura acrecentara el número.

Una mañana Rompealmas aplastó con su bicicleta á un niño de tres años; como sus padres protestaran, los apaleó y amenazó de muerte. Todo el pueblo se indignó; los electores estaban furiosos.

—¡Qué maldición para un pueblo tener un vecino de esta catadura, y no poder librarse de él!

Buenhombre se frotó las manos, considerando segura su elección. Pero al día siguiente leyó en el periódico: «Votos asegurados para Buenhombre, 5.000. Para Rompealmas, 5.000.»

Poco después Rompealmas dió de bofetadas á un anciago cegatón que no le saludó en la calle. La indignación llegó al colmo; algunos propusieron lynchar al bandido, pero todos tenían miedo. Buenhombre se frotó las manos por segunda vez. El periódico lo sorprendió: «Votos para Buenhombre, 2.000. Para Rompealmas, 8.000.»

Buenhombre se dedicó á hacer toda clase de buenas acciones y sacrificios para reconquistar sus votos; en cambio Rompealmas hizo todo lo posible para afrentar á sus conciudadanos.

El día de las elecciones los diarios de París publicaron este lacónico telegrama: «Rompealmas, republicano, elegido por 10.000 votos.»

Buenhombre se quejó al ver tanta ingratitud. Sus vecinos protestaron:

—Cuando un pueblo tiene la dicha de poseer un hombre tan simpático y bueno como usted, no debe desterrarlo á la capital.

—¿Entonces—gritó Buenhombre estupefacto—

habéis elegido á Rompealmas para libraros de él? ¿No pensáis que con cualquier pretexto podrá venir á molestaros?

Un viejo muy politiquero consoló á los electores:

—Los diputados, para librarse de su compañía en la Cámara, le confiarán el primer ministerio vacante. Y después... el presidente del Consejo de ministros será quien tenga que librarse de él.

Es posible que se hable de Rompealmas para suceder á Fallières en la presidencia de la República.

El señor Cero-á-la-izquierda

Niza, 1906.

De paseo por los alrededores de Niza: cielo claro, los árboles á medio vestir, horizonte sereno y tranquilo, palideces de luz en todos los rumbos como en un suave paisaje de Corot. Aquí una choza triste rodeada por jardines prolicromos; allá una moza vigilando sus vacas blancas dispersas como granos de arroz sobre el inmenso verdor de la pradera; más lejos un sendero tortuoso é interminable serpenteando en el valle como una tenue víbora inquieta. Y en el fondo los Alpes Marítimos dibujando sobre el azul su línea irregular como el margen de un libro cuyos pliegos rompemos sin paciencia, nerviosamente, con los bordes de la mano. A la derecha, sobre la falda abrupta de una sierra, un olivar ponía su pincelada vasta de sombra y de tristura. A poco andar, rumbo al vecino pueblo de Grasse, muchos vergeles en flor; allí trópezamos con tres siluetas humanas, dos jóvenes y un viejo, que igual pudieran encontrarse en un volumen de Zola ó en una página de Gorki.

Sus manos groseras y mugrientas cortaban rosas pálidas que caían desmayadas en banastos de